

Ramón Ezequiel Grau de Urda

El Primogénito



EL PRIMOGÉNITO

El calor era sofocante. La temperatura en el exterior del vehículo alcanzaba los treinta y siete grados centígrados. Con más de ocho horas al volante, el cansancio comenzaba a mostrar sus credenciales. Miré el indicador de la gasolina; la aguja marcaba menos de un cuarto de depósito, así que en la próxima estación de servicio me detendría para repostar.

La carretera desértica, y el trayecto cada vez más monótono, hacían interminable el recorrido. Ni siquiera los camioneros se atrevían a circular bajo la canícula de finales de aquel mes de julio de 1996, el más caluroso que se recordaba en los últimos años. El paisaje, olivos y más olivos, tampoco ayudaba a regalar la vista. La ausencia de pinceladas de la naturaleza proporcionaba cierta uniformidad, sólo rota por las ondulaciones del terreno. ¿Será así Getsemaní?, me pregunté de improviso. "Imagino que no", me respondí en voz baja. Por las fotografías que he visto, los olivos de Tierra Santa son más viejos y de un solo pie. Me consolé pensando que pronto saldría de la duda; dentro de ocho días estaría ya en Jerusalén, ciudad que nunca he visitado a pesar de que puedo dibujar su perímetro histórico de memoria, donde residiré hasta mediados de septiembre. Este viaje imprevisto a Sacramento ha trastocado mis primigenios planes, aplazando la llegada a la capital del legendario templo del rey Salomón por unos días.

Me llamo Alonso Fernández Sánchez y me encontraba en Santiago de Compostela participando en un seminario sobre "Judea bajo la dominación romana", donde intervine como ponente debido a mis conocimientos sobre este particular, y en concreto en lo que concierne al "Rito de la Crucifixión", materia sobre la que versó mi tesis doctoral.

Mis publicaciones sobre esta peculiar condena a muerte, muy extendida en aquella época y región, han acaparado el interés de la Universidad Hebrea, cuyo departamento de Historia Antigua, que dirige el profesor Judá Ben Cantú, me ha invitado

para estudiar los hallazgos de una necrópolis que ha aflorado con motivo de unas obras que tenían como fin la construcción de un polideportivo en las inmediaciones de Jerusalén.

La causa del retraso de mi desplazamiento a Palestina obedece a una llamada del abogado de la familia referente a una cuestión de vital importancia, según me hizo saber. Resulta que mi padre, de viaje en México con mi madre, es requerido por un tal Fermín Cienfuegos Maldonado, vecino de la ciudad de Sacramento, por una herencia familiar. Dalmacio de la Fuente, abogado de altos vuelos, e íntimo amigo de mi padre, nada más recibir la comunicación del letrado del tal Fermín Cienfuegos, me telefoneó a Santiago insistiéndome para que acudiera a la reunión ante la imposibilidad de hacerlo mi progenitor. El letrado hizo hincapié en la urgencia del asunto, rogándome que esa misma tarde emprendiera viaje a aquella ciudad sureña reconocida por su legado histórico y artístico. No seguí su consejo porque, cansado como estaba, decidí emprender viaje con las primeras luces del día siguiente, que tampoco fue posible porque, en contra de lo habitual, me levanté a las nueve de la mañana.

Una señal, medio tapada por las ramas de un generoso olivo, alertaba de la presencia de una gasolinera a un kilómetro de distancia. Cuando detuve el vehículo junto al surtidor correspondiente, me sorprendió ver al operario de la estación de servicio enfundado en un mono de trabajo azul, ajeno al sofocante calor.

-¿Cuánto, señor?

-¡Lleno, por favor!

-¡Páguelo a mi compañero, si es usted tan amable! -No me extrañó tanto su acento como la forma de pronunciar las vocales, muy abiertas y prolongadas-.

El aire acondicionado en el interior de la tienda de la gasolinera debía estar al máximo, y era la explicación a la

EL PRIMOGÉNITO

indumentaria del empleado que llenaba el depósito, la misma que vestía el encargado de aquel negocio.

-¿Queda mucho para llegar a Sacramento? -Pregunté con exceso de amabilidad, intentando ocultar el malhumor que me provocaba el cansancio-.

-¡Treinta y cinco kilómetros! ¡Aunque, con ese coche, llegará usted enseguida!

-¡Gracias! -Cogí el cambio y esperé a que el empleado acabara de limpiar el parabrisas de mi deportivo, un potente Mercedes de última generación que me regalaron mis padres antes de viajar al país azteca. Le di una propina y continué hacia Sacramento-.

Nada más llegar al hotel "Los Doce Leones", el de mayor prestancia de la ciudad, me llevé la primera de las sorpresas que me deparó aquel enigmático viaje cuando el elegante recepcionista me dijo que tenía una habitación reservada. Mi insistencia por conocer quién se tomó tal molestia, fracasó de plano porque el conserje no supo, o no quiso, satisfacer mi curiosidad.

Ya instalado, y mientras tomaba una cerveza en el patio de columnas, pregunté a una camarera, ataviada con lo que debía ser el traje típico del lugar, si quedaba lejos el domicilio del tal Fermín Cienfuegos. De la explicación, un tanto confusa y atropellada, sólo entendí que se trataba del mayordomo de una importante familia local, ya extinguida, que vivía solo porque su mujer había fallecido unos meses antes.

Lo cierto es que no entendía nada. El nombre de aquel caballero me era totalmente desconocido y, lo concerniente a la herencia, me despistaba aún más porque, hasta donde alcanza mi conocimiento, mi padre perdió a toda su familia en la guerra civil, y mi madre, tras la reciente muerte de su padre, hacía ya muchos años que falleció mi abuela materna, no tenía más

familia que mi padre y yo. De aquellos pensamientos me sacó un empleado del hotel.

-¡Señor, tiene una llamada! -Me dijo, mientras me alargaba un teléfono supletorio inalámbrico-.

-¿Dígame?

-¿Qué tal has hecho el viaje? ¿Todo bien? -Era Dalmacio de la Fuente, quien mostraba mucho interés en el asunto, pues me telefoné en persona y no su secretaria-.

-¡Bien, gracias! ¡Pero no entiendo nada! ¡Me han dicho que el hombre que veré mañana era el mayordomo de un cacique ya muerto que se llamaba López Lillo, o algo parecido! ¿Qué sabes tú de todo este embrollo?

-¡Nada! ¡Lo mismo que tú! ¡Simplemente que un importante abogado de esa ciudad contactó con nuestro bufete para que tu padre acudiera a la cita con este caballero por motivos de una herencia!

-¿Nada más?

-¡Nada más! ¡Sí, bueno, que tiene setenta y seis años! ¡Tengo que dejarte! ¡Mañana, en cuanto finalices el encuentro llámame, que estaré esperando!

Era un misterio dentro de un acertijo. La conversación con Dalmacio no aclaró nada. Es más, tuve la sensación de que conocía el alcance de aquel enigma y no quiso desvelarme el misterio.

Después de una exquisita cena, regada con un magnífico caldo de la zona, me retiré a mi habitación para leer unos documentos relativos a la necrópolis hallada en Jerusalén que me había enviado el doctor Josef Ben Cantú. A pesar del interés del hallazgo, el pie de un crucificado cuyos talones fueron atravesados lateralmente por un clavo de dieciséis centímetros, no pude concentrarme. La reunión con aquel misterioso personaje no dejaba de rondar mi cabeza. Lo que desconocía en

EL PRIMOGÉNITO

aquellos momentos era que este encuentro propiciaría un cambio radical a mi vida.



Don Alonso, último primogénito de la dinastía Lope-Hilillo que hunde sus raíces en la ciudad de Sacramento desde 1604, en el ocaso de su vida presente el fin de su existencia. Por tal motivo decide escribir sus memorias consciente de que ha contravenido la sagrada y centenaria ley familiar al no aportar un varón,

fruto de su fallido matrimonio, para que, una vez cumplidos los veinte años, se sitúe al frente de la saga, tradición que se sustenta en el inmutable código de la primogenitura. Pero al final de su vida, Don Alonso Lope-Hilillo y de Guzmán conocerá la verdadera historia de su madre y hermanos que celosamente se le ha ocultado.

La novela trata de las aventuras e infortunios de este aristócrata que fallece en la década de los noventa de la centuria pasada a la edad de noventa y dos años. Su vida, narrada con un estilo ágil que atraparé al lector desde las primeras líneas, está repleta de sorpresas y anécdotas en cada uno de los capítulos, donde se refleja la vida de una familia aristocrática y cortesana, a pesar de transcurrir la acción en la localidad sureña de Sacramento, donde las bodas apañadas, los amoríos e hijos ilegítimos reflejan el día a día de una exclusiva sociedad que vivía de espaldas al mundo real, sólo preocupada por mantener su añejo rango y vetusto abolengo. Se trata, pues, de una obra imprescindible para conocer el mundo de la nobleza rentista, sus costumbres, veraneos en Biarritz o algunos aspectos de los primogénitos antepasados de Don Alonso que consolidaron esta saga de la que él llegó a creerse el último de los primogénitos...



Libros ENCASA
EDICIONES Y PUBLICACIONES

I.S.B.N.: 978-84-943740-2-9

